EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL PERCAL Y LA SEDA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,—2.°

1873.

EL PERCAL Y LA SEDA.

EL PERCAL Y LA SEDA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenado con éxito en el Teatro Español el 26 de Febrero de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA	Srta. Boldun.
REMEDIOS	Sra. Valverde.
RICARDO	Sr. Morales.
DON MANUEL	Sr. Alisedo.
JULIANITO	Sr. Maza

La accion es contemporánea y se supone en Madrid, en la casa amueblada de Doña Remedios.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

Nota. El papel de Doña Remedios puede ser desempeñado por la dama jóven ó la primera graciosa.

Á LA SENORITA

DOÑA CAROLINA GILLY,

Dedica este juguete su afectísimo amigo y seguro servidor

q. b. s. p.

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con decencia, pero sin lujo. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y JULIANITO.

Se supone que vienen de viaje y entran por la puerta del fondo al alzarse el telon. Elena viste un modesto traje de percal.

ELENA. (Hablando con un criado.)
Pregunte usté á la patrona
que si hay cuarto para dos;
y queremos, por supuesto,
cada cual su habitacion.

JULIAN. Ay Dios mio, qué sofoco!
Este viaje me mató. (Se sienta.)

ELENA. Por bien poco te sofocas;
¡vaya un hombre de carton!
Ay Julianito, bien haces
en querer servir á Dios
y en estudiar para cura,
que es la carrera mejor,
porque esa cara tan triste
y tu débil complexion,
están á voces diciendo:

«yo para el siglo no soy.»

JULIAN. Elena, el viaje es muy largo
y áun hace un calor atroz.

ELENA. Te abanicaré si quieres,
no te desgracies sino.

JULIAN. Ay!

ELENA. Y siguen los suspiros.

JULIAN. Son suspiros del calor.

ELENA. Julianito, yo supongo
que no tendrás aprension
en viajar con una viuda
que en tu casa se crió.
Y es ademas prima hermana,
casi tu hermana mayor,
que te alberga los veranos
en su casa de Torrox.

JULIAN. Por Dios, Elena, me ofendes
con esa suposicion.

ELENA. Ya caigo, tal vez mi sexo
te inspire cierto temor.
De fijo en el Seminario,
con la mejor intencion,
te habrán dicho muchas veces
en latin y en español:
«La mujer es un escollo,
»sirena con polisson,
»tren expres en que al infierno
»va el hombre á todo vapor,
»la corredera del diablo,
»sin alma, sin corazon,
»la que á Sanson cortó el pelo
»y la que á Troya perdió,
»y la que en el Paraiso
»causó á Adan la indigestion;»
y mira, sobre este punto
aún tengo mis dudas yo;
que á juzgar por sus halagos,
su lenguaje seductor,
y el mal que hizo á las mujeres
con aquella invitacion,
de fijo no fué culebra
lo que el diablo envió *ad hoc*

para hacerle que pecára,
sino todo un culebron,
siendo el ejemplar primero,
como quien dice, la flor
de los demas culebrones
de ropilla ó paletó,
que á tantas míseras Evas
desde entónces hasta hoy
han dado en vez de manzana
la castaña del amor.

JULIAN. Aún hay quien ame de veras.

ELENA. Esa será una excepcion,
que la raza masculina
ha ido de mal en peor.

JULIAN. Prima, si de mí te quejas
serás muy injusta.

ELENA. No;
tú eres bueno, y serás santo.

JULIAN. Dios lo quiera.

ELENA. Cierta estoy.
De seguro el almanaque
del año dos mil y dos,
rezará «*San Julianito*»
«*Papa, obispo ó confesor.*»

JULIAN. Haces de mí lo que quieres.

ELENA. Y yo las gracias te doy.

JULIAN. Estaba pasando en Málaga
el tiempo de vacacion
cuando entraste en casa un dia
como centella veloz.
«Voy á Madrid, Julianito,
á cierto asunto de honor,
acompáñame y silencio:
¿y qué dije yo? allá voy,
y me traes á la córte
de acompañante y miron:
ignoro á lo que venimos,
mudo, ciego y sordo soy.
Sólo sé que en esta casa
vive.

ELENA. Más bajo.

JULIAN. Un señor

Ricardo Alcaráz, tu novio.
ELENA. Justo, que nunca me vió,
y me despreció por cartas
y en quintillas, que es peor,
despues de haber dicho al tio
que le convenia yo.
JULIAN. Ay.
ELENA. Ya vuelven los suspiros?
pero señor qué planton,
esa patrona no sale.
JULIAN. (Ay, cuándo tendré valor!)

ESCENA II.

DICHOS y REMEDIOS, foro.

REM. Buenos dias, mil perdones.
ELENA. Señora, gracias á Dios.
REM. Subian el equipaje
y estuve á la operacion.
JULIAN. Sí, traemos cuatro mundos,
qué exceso de peso, atroz.
ELENA. Necesitamos dos cuartos.
REM. Eh?
JULIAN. Para los dos.
REM. Ya estoy.
ELENA. Y pronto.
JULIAN. Calle, y se para.
ELENA. Lo oye usté?
REM. Es ella, es su voz.
Señora, usté es doña Elena
Montalvan?
ELENA. La misma soy.
REM. Jesús, María y José,
pues no es malo el fortunon.
JULIAN. Qué andaluza tan cerrada.
REM. Ay hija, pues ya llovió,
desde que íbamos al Palo
sacando el copo las dos.
ELENA. Francamente, no recuerdo...
JULIAN. (Esta arma conversacion.)
REM. Pues soy Remedios, de Málaga,

la mujer de don Eloy,
el ayudante del puerto,
el que al llegar un vapor
iba siempre en la falúa
de la Sanidad!

JULIAN. Cayó.

ELENA. Ah, sí.

REM. El pobrecico estaba
enfermo y de mal color.

JULIAN. Poca sanidad tenia.

ELENA. Segun eso ya murió?

REM. No, se marchó al otro mundo.

JULIAN. Es lo mismo.

REM. No señor,
se fué á América y no escribe.

ELENA. Ese es otro culebron.

JULIAN. Diga usté, cuál es mi cuarto?

REM. Ahora á decírselo voy.
Pues sigue usté ese pasillo
que enfrente tiene un farol,
se echa usté luégo á la izquierda
y ve una puerta, esa no,
la otra, la abre y adentro,
y ya está en su habitacion;
tiene un balcon á un gran patio,
y le da al salir el sol,
y en mi casa no hay más bichos
que el gato, el canario y yo.

ELENA. Vaya, usté por lo que veo
conserva su buen humor.

JULIAN. Voy á echar un sueñecito.

ELENA. Aspirante á obispo, adios.

JULIAN. (Ay, cuándo llegará el dia
que la declare mi amor?)
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA III.

DICHAS, ménos JULIANITO.

ELENA. Segun me dijo el portero

no está en casa.

REM. ¿Quién?

ELENA. Ricardo.

REM. Tambien al otro le aguardo
y espero.

ELENA. Bueno.

REM. Y espero.

ELENA. Bien.

REM. Pues figúrese usté
que con el sueldo tenia
para el pan de cada dia,
para tabaco y café.
Y aunque estaba regular
y él derrochaba lo mio,
siempre estaba con el pio
de querer irse á Ultramar..
—«Estás hecho un bacalao;
le decia, allí te mueres,»
pero él nada, que si quieres;
ay qué *pesao*, qué *pesao*.
Yo que cariñosa soy
le trataba de agradar,
y él siempre el mismo cantar,
«me voy, me voy y me voy.»
Yo que un favor agradezco
con ingratos no transijo,
y un dia le dije: «vete, hijo,
te aborrezco, te aborrezco.»
Salia un vapor con tropa
aquella misma mañana,
y aquel infame á la Habana
se fué en cámara de popa.
Pasó un año y tres y nada,
y cuatro y seis; hasta hoy
no sé á estas horas si estoy
viuda efectiva ó casada.
Ya puede usté suponer
que su marcha trajo cola,
y que yo viéndome sola
algo tendria que hacer.
Por no comerme los codos,
dije: «á Madrid de rondon,

que aquel es un pozo Airon
en el que cabemos todos.»
Puse esta casa con lujo,
gracias á dos prestamistas,
y admito aquí pensionistas,
pero sólo por influjo.
Ayer tomé el primer piso,
que espero á varios señores,
diputados, senadores
y otras personas de viso.
En fin, yo me las busqué
y no di ningun mal paso;
digo, creo que en mi caso
es lo que hubiera hecho usté.
Yo al ménos no hallé otro modo,
hable usté; por qué callar?

ELENA. Señora, yo qué he de hablar
cuando usté se lo habla todo.

REM. Pues yo no soy habladora.

ELENA. Sí, ya lo habia advertido.

REM. Acabé con mi marido.
Ea, á usté le toca ahora.

ELENA. Usted oyó á su conciencia
y no cayó en el pecado,
porque buscó un medio honrado
de ganarse la existencia.
Respecto al señor Eloy,
no hay nada en él que me asombre,
se ha portado como un hombre,
malo ayer y peor hoy.

REM. De eso ocurre en cada casa,
pero qué tropa, señor,
todos son á cual peor,
hija, qué *rasa*, qué *rasa*!

ELENA. Hay por ahí cada bigardo...

REM. Y un tropel de camastrones...

ELENA. Basta de lamentaciones.
Yo soy prima de Ricardo.

REM. Por muchos años.

ELENA. Segun
me han dicho en la portería
salió anoche y todavía

no ha vuelto.

REM. Es temprano aun.
En volviendo las espaldas
ya está para un rato fuera;
luégo es algo calavera,
le gustan mucho las faldas.

ELENA. Sí?

REM. Su tio, don Manuel,
se empeñó en que se casara;
pero él puso mala cara
y todo tronó por él.
Y eso que el tio es resuelto,
y rico y muy campechano.

ELENA. Ha salido este verano?

REM. Sí, á provincias, y áun no ha vuelto.
Y dicen que ella es muy buena;
él no la haría dichosa;
lo que es á la novia es cosa
de darle la enhorabuena.

ELENA. La recibo.

REM. Cómo, usté?

ELENA. Soy la víctima.

REM. Es posible?
Y tan guapa, es increible.

ELENA. No me vió y no le gusté.

REM. Viene usté?...

ELENA. De Andalucía.

REM. Comprendo, á darle jabon;
soy de la conspiracion,
porque es una picardía.

ELENA. Señora, usté tiene un vicio.

REM. Hablar poco, lo he notado;
pero me echaré un candado,
¡ay, y será un sacrificio!

ELENA. Pues traigo un proyecto.

REM. ¿Cuál?
Duro en él, que trague bilis.

ELENA. Quizá tenga su busilis
este traje de percal.

REM. Y yo qué he de hacer?

ELENA. La idea
es un poco arriesgadilla...

REM. Diga usté.
ELENA. La campanilla.
Si será él?
REM. Tal vez sea.
ELENA. Mi habitacion, dónde está?
REM. Esa es.
ELENA. Por Dios!
REM. No hay miedo.
ELENA. Entónces tranquila quedo.
REM. Me he echado un pespunte ya.
(Entra Elena en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA IV.

REMEDIOS.

Es muy buena y muy simpática,
me interesa esa señora;
pero el otro llega ahora,
á ser lista y diplomática.

ESCENA V.

RICARDO y REMEDIOS.

Ricardo entra por el fondo con el cuello del gabancito de abrigo levantado.

RIC. Está fresca la mañana;
no durmiendo se tirita.
REM. Buenos noches, don Ricardo,
digo no, muy buenos dias.
RIC. Deme usté las buenas tardes,
lo mismo da. (Es muy política.)
REM. Supongo que usted ahora
se irá á acostar en seguida.
RIC. (Se sienta.) Supone usté mal, no puedo
tengo á las doce una cita.
REM. Ah pícaro!
RIC. (En duelo á muerte
ser padrino es una quínola.)
REM. Usté se tira á matar

y va á dar una caida.
Ric. Y ha ocurrido algo de nuevo?
Rem. Sí; que tengo una pupila.
(Huy, que se me fué la lengua.)
Pero tiene mala pinta;
con vestido de percal,
así, una cursiloncita.
Usted querrá chocolate?
Ric. No, me quedo en esta silla
á descabezar el sueño,
y usté á las doce me avisa.
Rem. Pues que usté lo descabece.
(Tienes la tormenta encima;
¡qué plaga, señor, qué plaga!
á qué más fiebre amarilla!)
(Entra en el cuarto de Elena.)

ESCENA VI.

RICARDO.

Pero parece imposible
que Luis exponga su vida
por una mujer que es guapa,
pero coqueta y muy frívola.
Y siendo su novia un ángel
es cosa que no se explica;
no comprendo cómo hay hombres
que cometen ciertas pifias.

ESCENA VII.

RICARDO y ELENA.

Elena. Va á dormirse el enemigo.
Esta es la primer guerrilla.
(En esta escena tratará de que Ricardo, que estará medio dormido, no la vea la cara.)
Ric. Eh, quién es? La nueva huéspeda,
la del percal.
Elena. (Ay, me mira!)
Ric. (Volviendo á sentarse.)

Hay que impedir ese duelo.
ELENA. (Vamos, ya me dió por vista;
el percal no le hizo gracia
á pesar de las quintillas.)
RIC. (¡Qué locuras hace el hombre!)
ELENA. (Pues al fin serás mi víctima;
voy á pasar por delante
para mayor ignominia.)
RIC. (Lo que es á mí no me pesca
una mujer de esas díscolas.)
(Elena pasa por delante y Ricardo estornuda.)
¡Qué aire corre!
ELENA. (Pobrecillo,
sólo mi aire le constipa.)
RIC. Voy á dormir.
ELENA. (Pues si esto
es ahora que principia,
cuando el huracan empiece
atrapa una polmonía.)
(Vuelve á entrar en su cuarto.)

ESCENA VIII.

RICARDO y D. MANUEL.

MAN. (Dentro, fondo.)
No es necesario que avises;
soy su tio y puedo entrar.
RIC. (Despertando.)
Eh, quién?...
MAN. Sobrino, ya he vuelto.
RIC. Me alegro.
MAN. Te encuentras mal?
Te habrás acostado tarde.
RIC. Me acosté anteanoche.
MAN. Ah!
Sigues con tu mala vida.
RIC. Y el veraneo, qué tal?
MAN. El dia ménos pensado
te evaporas como el gas.
Estás hecho un transparente.
RIC. Pues mi salud es cabal.

MAN. Eres un fideo andando.
RIC. Pero no de fraile, eh?
MAN. Quiá.
No has querido darme gusto
buscando dicha y solaz
en la tranquila ribera
de la vida conyugal.
RIC. La mujer propia es muy cara.
MAN. Pues la ajena cuesta más;
y si te arriman un palo
eso tienes que llorar.
Se me olvidaba decirte
que como soy muy formal,
á pesar de mi buen génio
y de mi jovialidad,
he enviado á tu ex-futura,
á Elena de Montalvan,
la carta que me escribiste
con los versos al percal.
RIC. Era para usté.
MAN. No importa.
RIC. Y reservada ademas.
Dar calabazas en verso
es sobrada crueldad.
MAN. Ten conciencia de tus actos,
y lo que digas detrás
ten el valor de decirlo
en la puerta de Alcalá.
Debia ser consecuente
y quedar en buen lugar;
pues yo he sido de la boda
el corredor principal.
Y á tí te decia siempre:
«Escógela por mitad,
la viudita es una alhaja,
guapa, virtuosa y sagaz.»
Llegué casi á convencerla
de que en esta Navidad
tú le darías tu nombre
ante el juez municipal.
Luégo tú me habias dicho:
«Bien, me casaré.»

RIC. Es verdad.
Mas lo pensé mejor luégo.
MAN. Sí, justo; y te echaste atrás.
Pero chico, haz lo que quieras,
y derrocha tu caudal;
cásate con tu criada
cuando seas viejo ya;
desde hoy pienso ver los toros
desde la barrera, estás?
RIC. Pero tio, francamente,
sin que sea vanidad,
las quintillas no eran malas.
MAN. Las leí una vez no más.
RIC. Segun los inteligéntes
tienen gracia y mucha sal.
MAN. ¡Qué modestía!
RIC. Y ahora mismo
se las voy á recitar.
«Hoy ningun hombre se casa,
dice á gritos la mujer;
mas cuando de amor se abrasa,
¿por qué el Rubicon no pasa?
ahora lo vais á saber.
Desde la mujer primera
la vanidad es su nombre;
casada, viuda ó soltera
es más que la compañera
la gastadora del hombre.
Los dos son de un mismo barro,
y ella, por mi mal lo supe,
siempre tira al despilfarro;
son dos fumando un cigarro
que ella fuma y él escupe.
Mas quién á pecar la indujo,
de quién es la culpa toda?
de quién el nocivo influjo?
de quién? del pícaro lujo
y de su mamá la moda.
Que el lujo es el espantajo
que pone en fuga al mortal
de más alma y desparpajo,
que escapa por el atajo

de la viña conyugal.
Es luz que alumbra á los ciegos
y da al matrimonio horror,
sin valer mimos ni ruegos;
y es por fin el *mata-fuegos*
de la hoguera del amor.
Mujeres, creedme á mí,
y sin pecar de gazmoñas,
decid un dia: «alto ahí,»
»fuera arrumacos de aquí
»y *polissones* y *moñas*.
»Á hacer con todo una quema
»y á vestirnos de percal,
»que es de la modestia emblema
»para que el hombre no tema
»el lazo matrimonial.»
Y yo, solteras, os juro
que el tomar ese partido
fuera tomar café puro,
y hallaríais de seguro
tras cada esquina un marido;
pero en tanto que sigais
gastando una como seis,
al ver lo que derrochais
no os casareis, y ainda mais
á todos nos perdereis.
Sin distincion de partidos,
segun dice un cartelon,
tios, papás y maridos,
van á hacer todos unidos
una manifestacion.
Y para que oirlo pueda
el sexo que tan formal
con nuestros duros se queda,
gritaré: «abajo la seda,
y arriba, arriba el percal,»

MAN. Música, música y música.

RIC. Corriente, pero es verdad.

MAN. No es toda la culpa de ellas,
sobre eso hay mucho que hablar.
Tengo que escribir á Velez.
La vendeja empieza ya.

Voy á escribir á tu cuarto.
RIC. Usté manda, aquí es el Czar.
Que me envien pronto pasas.
MAN. Sí, y rabitos ademas;
que te olvidas de escribirme
con mucha facilidad.
RIC. Los negocios.
MAN. Sí, de faldas;
no eres tú mal perillan.
(Cuando siente la cabeza
aún le he de poder casar.)
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA IX.

RICARDO, á poco JULIANITO.

RIC. Es un tio de los buenos;
tan amable y complaciente...
ea, á ver si duermo un rato,
son las doce ménos veinte.
JULIAN. (Foro.) Yo quisiera ver al novio.
Calle, un jóven... será ese?
Buenos dias, caballero,
buenos dias.
RIC. Eh, quién viene?
JULIAN. Ha visto usté á una señora?
RIC. No señor.
JULIAN. Soy otro huesped.
RIC. Lo siento, digo, me alegro.
(Pero qué moscon es este?)
JULIAN. Usté es Ricardo Alcaráz?
RIC. El mismo que viste... y duerme.
JULIAN. (El que ha despreciado á Elena.
Desgraciado, si él supiese!)
Ah, si usté supiese...
RIC. Hombre,
no sea usté impertinente;
voy á dormir á mi cuarto.
JULIAN. Tiene usté un genio muy fuerte.

ESCENA X.

DICHOS, ELENA y REMEDIOS.

ELENA. (Aparece vestida con lujo exajerado, afectando modales y maneras un poco desenvueltas, pero siempre distinguidas.)
Quiero almorzar á la una,
comeré entre seis y siete;
yo cuando salgo de noche
no vuelvo hasta que amanece.
JULIAN. (Elena con ese traje!)
RIC. (Que se quedará parado á la puerta de su cuarto.)
(Hola, este es buque insurgente.)
REM. Está muy bien, señorita,
yo haré lo que usté me ordena.
ELENA. (Á Julianito.)
Me aguardabas?
JULIAN. Siempre aguardo.
ELENA. (Fingiendo que reconoce en Ricardo á un amigo.)
Ah, Miguel...
RIC. Yo?
ELENA. Usté dispense,
le tomé por un amigo;
es como usté, alto y endeble.
RIC. No hay de qué.
JULIAN. (¡Ay, qué resuelta!)
REM. (Este es el primer cohete.)
RIC. (Qué mujer tan elegante!
¡qué lujo! buen aire tiene.)
ELENA. Oye.
JULIAN. Qué?
ELENA. Nada; haz que hablas.
JULIAN. (¡Carambita, qué papeles!)
RIC. (Que ha llamado con la mano á Remedios, que se acerca á él.)
Quién es?
REM. No lo sé; se trata
con duques y con marqueses,
es una mujer de rumbo
y parece muy alegre.

ELENA. (Está tomando noticias;
traga el anzuelo, pobrete.)
JULIAN. Me voy cansando.
ELENA. Silencio.
RIC. (Es negocio, francamente.)
ELENA. Cuando el almuerzo esté listo
avise usted.
REM. Y que entre,
pero á tiempo...
JULIAN. (Y yo hecho un poste.)
RIC. (Probaré, nada se pierde.)
ELENA. Ya se arregla la corbata.
REM. Claro, para entrar en suerte.
(Pues señor, al primer pase
ya tiene al bicho de frente.)
(Se va por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS ménos REMEDIOS.

RC. (Qué idea! diré que soy
amigo del otro!)
ELENA. (Viene.)
RIC. Señora, con su permiso.
ELENA. Oye, Julianito. (Vete.)
Encarga para esta tarde
un landó con buenos muelles;
toma un palco para el Circo
y vuelve inmediatamente.
JULIAN. Está bien.
ELENA. (Vete á paseo!)
JULIAN. (Pues señor, soy un imbécil,
pero ay, el dia que rompa,
voy á charlar más que siete.)
(Se va por el foro.)

ESCENA XII.

ELENA y RICARDO.

ELENA. Decia usté...

RIC. Iba á decir,
que si ese amigo de usté...
ELENA. Con el que le equivoqué?
RIC. Exacto, era Miguel Mir,
que fué este verano á Algorta
y recoge mucho trigo.
ELENA. El mismo.
RIC. Es mi íntimo amigo.
(Ni sé quién es ni me importa.)
Puede usté mandarme á mí
como si fuera Miguel.
ELENA. Mil gracias.
RIC. Soy otro él.
ELENA. (Pues en mi vida le ví.)
RIC. Mande usté...
ELENA. (Sí, ponte tierno,
que estoy yo acaramelada.)
RIC. Viene usté por temporada?
ELENA. Vengo á pasar el invierno.
RIC. Yo sé Madrid al dedillo
y á acompañarla me ofrezco.
(Me parece que me crezco.)
ELENA. (Pero señores, qué pillo!)
RIC. Bien sabe usté lo que vale
una buena voluntad.
ELENA. Si no habrá necesidad.
(Esa Remedios no sale.)
RIC. Sin embargo.
ELENA. (Es que se duerme.)
RIC. (Soy más valiente que el Cid.)
ELENA. Tengo amigos en Madrid,
y hoy mismo vendrán á verme.
RIC. Pues es imposible que haya
quien cual yo se comprometa...

ESCENA XIII.

DICHOS y REMEDIOS.

ELENA. Quién?
REM. Señora: una tarjeta.
ELENA. Á ver, del Baron de Hendaya.

REM. La trajo un lacayo.
ELENA. ¿Y qué?
REM. Y preguntó que á qué hora
puede ver á la señora.
ELENA. Dí que á las seis estaré.
REM. Bueno. (Primera estacion.
Ya està el hombre sobre sí.)

ESCENA XIV.

DICHOS ménos REMEDIOS.

ELENA. En Baden le conocí.
RIC. No conozco á ese Baron.
ELENA. (No es fácil.) Es muy bromista.
Vaya, y somos algo primos.
En los Alpes nos perdimos.
RIC. Si. (Tú te pierdes... de vista.)
ELENA. (Levantándose.)
Aquí hay piano.
RIC. Usté canta?
ELENA. Un poco.
RIC. (En la mano mucho.)
Pues empiece usté, ya escucho.
ELENA. Tengo mala la garganta.
No me hago rogar jamás.
RIC. Yo soy muy aficionado.
ELENA. (Hace algunas escalas.)
Pero, ay qué desafinado!
(Tampoco sé tocar más.)
No hay arpa?
RIC. La toca usté?
Un David con polison!...
ELENA. Me voy á mi habitacion
RIC. Tan pronto.
ELENA. (Volviendo á sentarse.) Me quedaré.
Va usté á contarme algun cuento?
RIC. Uno muy lindo, de amores.
ELENA. Pues son los cuentos peores.
RIC. (Creo que este es el momento.)
Es que hay seres muy simpáticos,
y al corazon quién le manda...

ESCENA XV.

DICHOS y REMEDIOS.

REM. Otra.
ELENA. (Leyendo la tarjeta.)
El ministro de Holanda
RIC. (Empiezan los diplomáticos.)
ELENA. Que estaré á las seis y media.
RIC. (Vendrán por escalafon.)
REM. Bueno. (Segunda estacion,
y adelante la comedia.)
(Vuelve á salir por el foro.)

ESCENA XVI.

ELENA y RICARDO.

ELENA. Es un amigo excelente
y muy desinteresado.
RIC. No sé quién es.
ELENA. Y cuidado,
que yo soy muy exigente.
Y muchas veces me ha dicho
con un tonito de chanza:
«Leonor, aquí en confianza,
es usté un puro capricho.»
RIC. Usté se llama Leonor?
ELENA. De Vargas.
RIC. Bonito nombre.
Señora, feliz el hombre,
que sea su trovador.
ELENA. Es papel que nadie quiere.
RIC. Lo que nadie no es exacto.
ELENA. Como en el último acto
le cantan *el Miserere*...
RIC. (Qué gracia.) Pues yo conozco
quien haria ese papel
de amante rendido y fiel.
ELENA. (Y yo te conozco Orozco)

Venga ese santo varon.

RIC. Aquí á su lado se encuentra.

ELENA. (Levantándose.)
Usté?

RIC. Sí.

ELENA. (Á todos les entra
como á éste, de repenton.)

RIC. No amo como los demas.

ELENA. Será broma y pasatiempo.

RIC. Lo probaré con el tiempo.

ESCENA XVII.

DICHOS y REMEDIOS.

REM. Otras dos tarjetas más.

RIC. Pero esto de raya pasa;
no trae usté mal jaleo;
parece que hay jubileo
ó eleccion en esta casa.

REM. (Cómo va?)

ELENA. (Está mareado.

REM. Lo estará más todavía.)

ELENA. Son el general García
y el general Maldonado.

RIC. (Anda, éstos vienen á pares.)

ELENA. Que los sábados recibo.
Tienen muy poco atractivo
para mí los militares.

REM. (Hago que me voy y vuelvo.)

ELENA. Van viniendo mis amigos.

RIC. Usté no tendrá enemigos.
(Pues señor, yo me resuelvo.)
Ya para mí no es bastante
ser sólo amigo de usté.

ELENA. Qué quiere usté?

RIC. Que me dé
el dulce nombre de amante.
Usté pondrá aquí la ley
por su gracia y su hermosura.

REM. (Jesús, cuánta confitura,
allá voy.)—El señor Rey.

RIC. Tambien!...
ELENA. Don Juan Rey, mi agente
banquero.
RIC. Ah!
REM. Está en la otra sala.
ELENA. (Pues ésta tampoco es mala;
y con qué aplomo que miente.)
RIC. Pero.
ELENA. En negocios bursátiles
es hombre muy entendido;
con mil duros que he traido
no hay aquí ni para dátiles,
voy á pedirle.
RIC. Y si no...
ELENA. Mil gracias. (Aún es temprano.)
Con que beso á usté la mano.
RIC. No contesta usted?
ELENA. Aún no.
RIC. Señora, á los piés de usté.
ELENA. Vamos á ver á mi agente.
(Cayó como un inocente.)
REM. (Morirá de un volapié.)
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XVIII.

RICARDO.

Es mujer de mucho mundo,
eso se conoce al vuelo;
pero es guapa y elegante
y tiene mucho despejo.
Tomar una plaza abierta
nunca tendrá mucho mérito,
la gracia es tomar la plaza
cuando la sitia un ejército.
Es ya cuestion de amor propio,
y aunque yo soy muy modesto,
tengo maña y tengo suerte;
y en fin, que conozco el género.

ESCENA XIX.

RICARDO y D. MANUEL.

MAN. Eh! ya escribí cuatro cartas;
que las lleven al correo.
RIC. Tio, ay qué mujer!
MAN. Qué dices?
RIC. Vaya una cara y un cuerpo,
pero es que si usté la ve
de fijo se queda lelo.
MAN. Pues mira, no quiero verla,
estoy bien como me encuentro.
RIC. Yo, como soy tan corrido,
estoy en el buen terreno,
bien la he trasteado.
MAN. Oye,
tú tomas vino al almuerzo?
RIC. Por qué?
MAN. Porque me parece
que no estás hoy muy sereno.

ESCENA XX.

DICHOS y ELENA.

ELENA. (Foro.) Ya salió el tio, mejor;
pasaré pronto y al sesgo.
RIC. Si usté la viera! es preciosa.
ELENA. Señores.
RIC. Ella!
ELENA. Hasta luégo.
(Entra en su cuarto.)

ESCENA XXI.

DICHOS, ménos ELENA.

MAN. (Elena! es su misma cara,
pero ese aire tan excéntrico.)
RIC. Qué le ha parecido á usté?

lo que es el busto es soberbio.

MAN. (Luego me lo hubiera escrito;
pero es ella, no hay remedio.)

RIC. No se lo decia á usté?
se quedó usté al verla lelo.

MAN. Yo necesito enterarme.
(Se oyen dar las doce.)

RIC. Huy, las doce. Pronto vuelvo,
tengo en Levante una cita,
á ver si se corta un duelo.

MAN. Pues adios.

RIC. No tardo nada.

MAN. Que te llevas mi sombrero.

RIC. Ah, que si usté habla con ella...

MAN. Pues, que no te haga mal tercio.

RIC. Póngame usté en buen lugar.

MAN. Mil gracias por el empleo.

RIC. Aguárdeme usté.

MAN. Te aguardo.

RIC. (Soy un Tenorio completo.)
(Se va por el foro.)

ESCENA XXII.

MANUEL y ELENA.

MAN. Es ella; no cabe duda,
sí; pero cómo ha venido
sin avisar... siempre ha sido
muy reboltosa esa viuda.

ELENA. Buenos dias, don Manuel.

MAN. Elena, eres tú?

ELENA. La misma.
Y que vengo á mover cisma
á esta torre de Babel.
Las pagará todas juntas
ese vate percalero.

MAN. Bien, pero dime primero...

ELENA. Suprima usté las preguntas.
Siéntese.

MAN. Me sentaré.

ELENA. Y ya que tiene ese afan,

óigame usté y sabrá el plan
que traigo aquí ce por be?

MAN. Empieza tu relacion
y charla hasta que te hartes.

ELENA. La dividiré en tres partes
á manera de sermon...
Pues señor.

MAN. Empieza bien.

ELENA. El dia de Santa Rita
recibí con su cartita
los versículos tambíen.
En que truena hecho un doctor
ante el lujo, que es atajo,
mata-fuegos y espantajo...
y él lo es de marca mayor.
Confieso que me enfadé,
porque es una accion muy fea
y me halagaba la idea
de ser sobrina de usté.

MAN. Mil gracias, aduladora,
tambien me halagaba á mí.

ELENA. Don Manuel, al órden, y...
no interrumpa á la oradora.
Mi corazon es muy franco
y no deja de hacer mella
en mi dignidad aquella
salida de pie de banco.
Pero aquel himno al percal,
tan absurdo é inconexo,
lo juzgué ofensa á mi sexo
más que ofensa personal.
Ví en Málaga á Julianito
y le dije: «Ven tambien,»
nos metimos en el tren
y en seguida sonó el pito.
Salimos tarde de allí;
descarrilamos tres veces,
y tras otras pequeñeces
hemos llegado hasta aquí.

MAN. Lo que quiero preguntarte
es...

ELENA. El órden no se altera,

concluida la primera
paso á la segunda parte.
Ricardo es eco no más
de calumnias y de hablillas,
y es claro, él dice en quintillas
lo que en prosa los demas.
Ya declaman sin descanso
contra el lujo femenil,
y hoy ese gremio incivil
habla por boca de ganso.
Deploro, y no soy la sola,
lo que la moda desbarra,
desde la hoja de parra
hasta el vestido de cola;
y si Eva resucitase
repuesta del primer susto,
hallaria de mal gusto
ver como viste su clase.
Mas tanta seda y saten
afan de agradar demuestra;
¿y es toda la culpa nuestra?
¿no es culpa de ellos tambien?
No es en su moral elástica
la elegancia lo que adora?
pues si el hombre se enamora
siempre de la parte plástica.
Comprendo, y aplaudo el fin,
que entre otras impertínencias
cantase las excelencias
del percal y el alepin,
si tan sólo se prendara
de la jóven recogida,
modelo de honrada vida,
modesta de traje y cara:
pero lo que le seduce
es siempre el lujo y el boato,
y aun el hombre más sensato
va tras de lo que reluce.
Que otros codician lo mismo?
es el mayor aguijon,
que en amor los hombres son
muy dados al socialismo,

y aunque con mejores modos,
con intencion tan dañina,
son de la raza canina;
donde uno va, allí van todos.
Y la esclava de sus trajes,
la de corazon tan blando,
que va su honor arrastrando
entre sedas y entre encajes,
ve los hombres á sus piés,
y los arruina y marea,
y nunca falta quien sea
su esposo legal despues.
Y se casa muy formal;
luégo pasa lo que pasa;
pero el caso es que se casa
á despecho del percal.
Ella casada se queda.
(Al público.)
Ustedes, que son los amos,
señores, en qué quedamos?
vestimos percal ó seda?
No es cuestion anfibológica,
es cuestion de buen sentido;
consecuencia es lo que pido,
lógica, señores, lógica.

MAN. Sí, Elena, tienes razon;
y hablas como un libro, pero...

ELENA. Y paso al punto tercero,
y se concluye el sermon.
¿Cuál es mi plan? muy sencillo;
mimarle y entusiasmarle,
y arruinarle y engañarle
como si fuera un chiquillo.
Es una accion meritoria
en que usted me ha de ayudar,
y así podrá reclamar
tambien su parte de gloria.
Ya verá ese quintillero,
que se echó por el atajo,
que lo que cuesta trabajo
es ser honrada primero.
Que nada importa el vestido,

y la mujer ménos sabia
si no es fea y tiene labia
puede meter mucho ruido.
Fácil es comer faisan
si el pudor no nos refrena,
lo difícil es ser buena
con patatas y con pan.
Ya sabe usté á qué he venido,
cuál es mi plan de batalla,
usté me obedece y calla,
paga y cuento concluido.
Y se hace usted el inocente
sin saber lo que se fragua,
con esto y un vaso de agua
se terminó este incidente.

MAN. Bravo, bien.

ELENA. Creo que hablo
como un orador de peso.

MAN. Dabas golpe en el Congreso;
eres de la piel del diablo.

ELENA. Remedios, pues por de pronto
me amuebla usté el primer piso.

MAN. Y el tercero si es preciso.

ELENA. Paga usted, y se hace el tonto.

ESCENA XXIII.

DICHOS y REMEDIOS, por el foro.

REM. Llamaba usté?

ELENA. Un vaso de agua.

REM. Sólo ó con agua de Seltz.

ELENA. Con azucarillo.

REM. Bueno,
yo misma la traeré. (Vuelve á irse.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, RICARDO, detrás JULIAN por el foro.

RIC. Se arregló.

ELENA. Ricardo! El brazo.

(Se coge del brazo de D. Manuel.)

JULIAN. (Pues yo he subido tras él.)
RIC. (Eh, mi tio y ella!)
MAN. Chico,
quién te ha mandado volver?
RIC. Conoce usté á esa señora?
MAN. Huy, desde el sesenta y tres.
ELENA. Y le tengo mucho aprecio,
que es muy galante y muy fiel.
JULIAN. (Otro enredo.)
RIC. Es imposible!
Tio, á sus años de usté!...
MAN. Cómo á mis años?
ELENA. ¡Qué risa!
MAN. Pues tengo más robustez
que tú, que eres un espárrago
con el canto de un papel.
El corazon nunca es viejo,
y conviene alguna vez
echar una cana al aire
cuando hay tantas, como ves.
Y si me tienes envidia,
hijo, qué le hemos de hacer;
esta señora me gusta
y yo le gusto, y amen.
RIC. ¿Y usté qué dice?
ELENA. Yo, nada.
JULIAN. (Pues digo, y yo qué diré.)
ELENA. Bajemos al primer piso.
MAN. Como tú quieras, muy bien.
RIC. Esto ya es más grave.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y REMEDIOS, con un vaso de agua.

REM. El agua.
ELENA. Se me ha quitado la sed.
JULIAN. Pero.
ELENA. Quieto.
MAN. Adios, Ricardo.

ELENA. Caballero, hasta más ver.
MAN. Me he vuelto un calaverilla,
así era yo el treinta y seis.
(Vánse por el fondo.)
REM. Usté quiere?
RIC. No: es absurdo;
pues yo detrás bajaré!
(Sale por el fondo.)
REM. Agua.
JULIAN. Bajaremos todos.
Yo pronto voy á romper. (Sale tambien.)
REM. Pues abajo todo el mundo,
y yo me la beberé!
(Bebiéndose el agua, y saliendo por el fondo. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada. Puerta en el fondo y laterales
Velador con periódicos.

ESCENA PRIMERA.

REMEDIOS.

¡Qué traje tan elegante!
Mejor no se hace en París,
lo han cortado con arreglo
al último figurin.
El tio tira de largo,
que tiene maravedís.
Doña Elena se da tono
y da á Ricardo espolin.

ESCENA II.

REMEDIOS y JULIANITO, por el fondo.

JULIAN. Qué calor y qué cansancio!
lo que corre uno en Madrid!
REM. Buenos dias.
JULIAN. Buenos dias.
REM. Se viene cansado?

JULIAN. Sí.
Me ha dado tantos encargos...
REM. (Le trae hecho un zascandil.)
JULIAN. Elena es muy pedigüeña,
y yo que soy tan así...
REM. Tan amable. (Tan borrego.)
JULIAN. Nunca me sé resistir.
Ay!
REM. Aprieta, qué suspiro!
JULIAN. Al dia doy treinta mil.
REM. Padece usté de los nervios?
en mi primer chiquitin
me dió por pegar suspiros
y por llorar y gemir.
JULIAN. Mis suspiros son del alma.
REM. Ah, sí, vamos, ya caí;
dejó usté algun pedacico
al hacer el maletin.
JULIAN. No.
REM. Pues entónces no entiendo.
JULIAN. El pedacico está aquí.
Me inspira usté confianza
y se lo voy á decir.
REM. Jesús, dígalo usté pronto,
que tengo el alma en un tris.
JULIAN. El pedacico es Elena,
la adoro con frenesí.
REM. Si me ha dejado usté fria.
JULIAN. Su amor me haria feliz.
REM. Pero ella...
JULIAN. Ni lo sospecha.
REM. Eso tiene más tilin.
JULIAN. Y yo siempre la he querido
desde mi edad infantil;
y le cogia higos chumbos
que le ayudaba á partir.
Mis papás, que por desgracia
Dios ha llamado hácia sí,
me dijeron: «serás cura,
corriendo á estudiar latin.»
Estando en el Seminario
la noticia recibí,

de que mi amor se casaba
con un señor de Guadix.
Y entónces dije: «me alegro,
se corta el mal de raiz,
así tendré que olvidarla
y en calma podré dormir;»
pero enviudó á poco tiempo,
y vamos, no lo sentí,
porque al verla otra vez libre...

REM. Pues, volvió el puchero á hervir.

JULIAN. Y por remate de fiesta
me ha hecho venir á Madrid;
á vengarse de ese ingrato,
que triunfa y derrocha aquí,
y yo sin decir palabra
la sirvo de comodin.

REM. Ya tragará usté saliba.

JULIAN. Échese usté á discurrir.
El dia ménos pensado
va á saltar el polvorin,
y le digo lo que siento
y me vuelvo á mi pais.

REM. Pero nada ha sospechado?

JULIAN. Como yo no me escurrí...
Remedios, deme usted uno
para dejar de sufrir.

REM. Hijo, así en cosas de adentro
cada cual obra por sí,
y hay quien baila con orquesta
y otro con un violin.
Si usté no quiere ser cura
tire por otro carril,
que San Pedro fué casado
y no tuvo que sentir.
Para que tome usté fuerzas
hoy hay de almuerzo rosbiff,
y le daré una copita
de un coñac, pero hasta allí.

JULIAN. Hasta dónde?

REM. Hasta hacer eses
lo mismo que un volatin,
y ver el mundo bailando

polka-mazurca y schotisscb.

JULIAN. Y Elena?

REM. Se está vistiendo.

JULIAN. Y el desdeñoso adalid?

REM. Ricardo? No sé, y el mozo
va siguiendo á la perdiz.

JULIAN. Y yo como un papamoscas
hago un papel de arlequin.

REM. Y es muy guapa y tiene un aire
que ya no es aire ni gris,
sino un huracan de gracia
que derriba á un adoquin.

JULIAN. Señora doña Remedios,
compasion de un infeliz;
no me diga usté esas cosas,
que ya me derribó á mí.

ESCENA III.

DICHOS y D. MANUEL, por el fondo.

MAN. Buenas tardes.

REM. Buenas tardes.

MAN. Hola, está aquí Julianito.

JULIAN. (Pues tambien me voy cargando
con tanto diminutivo.)

MAN. Todo va bien.

REM. Así creo.

MAN. Mucha prudencia y sigilo.

JULIAN. (Yo soy un cero á la izquierda
y siempre estoy en el limbo.
Ea, se acabó, hoy me planto.)

REM. Voy á ver si se ha vestido.
(Qué cosas, señor, qué cosas;
yo siempre entre laberintos.)
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos REMEDIOS.

MAN. Mal gesto tiene usté hoy.

Y no me faltan motivos.

MAN. Por qué?

JULIAN. Mi primita Elena
me trae hecho un zarandillo;
y yo no sé una palabra
de sus planes y designios,
y aunque adivino de sobra
que aquí el blanco es el sobrino,
carambita, es suponerme
más tonto que don Simplicio.

MAN. Yo creo que usté exagera.

JULIAN. Y hago un papel muy ridículo;
y si uno tiene afecciones
y necesita cariño...

MAN. Usté afecciones? me extraña;
no estudia usté para obispo?

JULIAN. No. trabajo para él,
y con eso no transijo.

MAN. Ah, vamos, usté será
como aquel otro individuo,
que era cura y no ejercia;
lleva usté ese camino.

JULIAN. Aún puedo cambiar de rumbo,
siendo mi cariño lícito;
y si á mi amor corresponde
la mujer por quien suspiro.

MAN. Y bien, quién es la agraciada?

JULIAN. Quién? (Por qué no he de decirlo;
el amar á una mujer
jamás ha sido un delito.)

MAN. Yo callaré como un muerto.

JULIAN. Aunque hable usté como un vivo;
si yo me he propuesto dar
la campanada del siglo.
Pues bien, es...

ESCENA V.

DICHOS, ELENA y REMEDIOS, poco despues.

ELENA. Ya estoy vestida.

JULIAN. (Ay, vuelvo á estar encogido.)
ELENA. Don Manuel.
MAN. Gran noticion.
Tú mira á ese jóven tímido;
no le notas en la cara
algo extraño y levantisco?
JULIAN. Es broma. (No, pues ahora
ya no me atrevo á decírselo.)
ELENA. Tiene la cara de siempre,
con ese aire de doctrino.
MAN. Pues segun dice, desea
enseñar el catecismo
á una mujer que le tiene
prisionero en sus hechizos.
ELENA. ¿Cómo, Julian, es posible?
JULIAN. Yo... sí... no... por... (Me hago un li
REM. Manda usté algo?
ELENA. No, ya sabes,
en cuanto entre el enemigo...
REM. Yo á entrar y salir?
ELENA. La carta...
REM. Voy á escribirla ahora mismo.
MAN. Remedios es una ardilla.
JULIAN. (Si me lo habrá conocido?)
REM. Está usté rezando ahora?
venga usté á almorzar conmigo
y no ha de pesarle.
JULIAN. Voy.
ELENA. Calle, será este su ídolo?
MAN. Puede...
ELENA. Pero hombre, tú sabes
que áun puede el otro estar vivo?
JULIAN. ¿Quién?
ELENA. El señor de Remedios.
JULIAN. Tú crees?...
MAN. Y se hacen guiños.
JULIAN. Nada de extraño tendria;
me gustan los genios vivos,
y en fin, me marcho á almorzar.
(Hoy de la rabia me achispo.)
(Se van por el fondo.)

ESCENA VI.

ELENA y D. MANUEL.

ELENA. Y se hacian cucamonas!
Entra en Madrid con buen pie.
MAN. Es que Madrid siempre fué
ciudad de chicas muy monas.
Y el que no cae al entrar,
resbala y se hace un chichon,
y el hombre más santurron
está propenso á pecar.
ELENA. Y mi ex-futuro?
MAN. Tan bueno.
Creyendo que halló una ganga.
ELENA. Y que soy ancha de manga
y él va ganando terreno.
MAN. Anoche estuvimos juntos
en el café de Levante,
y es natural, al instante
me empezó á poner los puntos.
Yo le dejé comprender
que mi amor era de pico,
y que como soy tan rico
me dejaba yo querer.
Y en preguntarme insistió.
«Debe ser mujer de historia.»
«En Deva dejó memoria
por lo alegre,» dije yo:
tanto que si yo lográra
convencerte de tu engaño,
te diria: «pero al paño,
déjala porque es muy cara.»
Perdona.
ELENA. Y es la verdad,
usté fondos me anticipa;
pero él quiere una chiripa
y esa es la contrariedad.
MAN. Lo dije con la intencion
de que él creyese que era
un pretexto, la manera

de quitarme ese moscon.
ELENA. Muy bien, así se va al toro,
mucha capa, mucha capa.
MAN. Y añadió: «vaya si es guapa.»
ELENA. Eso sí, soy como el oro.
MAN. «Puede ir cualquiera muy hueco
con esa preciosidad.»
ELENA. Ya salió la vanidad,
ya dijo el hombre «aqui peco.»
Todos de ella hacen acopio,
y es su amor un revoltiño,
de una parte de cariño
y tres partes de amor propio.
Y si la industria que ya
fabrica lindas muñecas,
que abren los ojos á secas
ó dicen «papá y mamá»
hiciera de talla y peso
mujeres que se moviesen
y por máquina anduviesen,
como las de carne y hueso,
muchos de muy buena gana
tendrian un ejemplar
que llevar á pasear
á la Fuente Castellana.
Y que la gente creyera
al verla en landó ó berlina
que era una mujer divina,
como dicen, de primera;
salvo luégo á sangre fria
ir á dejarla al ropero
con el baston y el sombrero
para salir otro dia.
MAN. Muy filósofa te has vuelto.
ELENA. Siempre lo fué doña Elena.»
MAN. «Para un pasatiempo es buena.
dijo con aire resuelto.
ELENA. Pues ese es otro cantar,
y si lo cree se engaña,
que amor es tela de araña
en que se puede enredar.
Y con poca maestría

la mujer, si entiende el juego,
al más listo hecho un borrego
le lleva á la vicaría.

MAN. «En fin, tio,» concluyó;
»picó ya mi vanidad
»y será tenacidad,
»mas yo insisto y se acabó.»
«Pues á gastar:» añadí,
«triunfa de todas maneras,
»yo compraré lo que quieras
»sin darte el dinero á tí.»
No omití ningun detalle,
y mi relacion concluyo;
pagué mi sorbete, el suyo,
y nos fuimos á la calle.

ELENA. Pues yo á recibir empiezo,
y ya á gastar comenzó,
que ayer mismo me envió
un magnífico aderezo.
Me sacó de mis casillas,
y aunque amor su ingenio aguza,
le juro á fe de andaluza
que ha de pagar las quintillas.

MAN. Siento pasos.

ELENA. Será él.

MAN. Pues entónces me despido.

ELENA. Hágase usté el distraido.

MAN. Bien, leeré el *Cascabel*.
(Se coloca á la izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS y RICARDO.

RIC. No está sola.

ELENA. Eh, quién? Ricardo.
(Cogiendo el periódico.)

MAN. Descifraré la charada.

RIC. ¿Cómo sigue usté, señora?

ELENA. Yo tan buena sin ser santa.

RIC. Tio mio, buenos dias.

MAN. Muy felices, buena alhaja.

Mi primera y mi segunda...
RIC. Esta noche irá usté á *Flamma*?
ELENA. Tendré que ir: se ha empeñado
el vizconde de Matanzas;
está conmigo tan fino
que ni el dulce de guayaba.
RIC. Pues yo ofrezco á usted un palco,
si lo admite.
ELENA. Muchas gracias.
MAN. Es primo.
RIC. Qué?
MAN. De seguro.
La mitad está acertada.
ELENA. Ah! es precioso el aderezo.
RIC. Su santo de usté es mañana.
ELENA. Es verdad.
RIC. Lo he adivinado,
y como usté es tan simpática...
ELENA. En los Saboyanos hay
otro igual con oro y plata.
RIC. Sí, pues mandaré á buscarlo.
MAN. Que es primo y más primo, vaya.
RIC. Quién?
MAN. La primera y segunda.
ELENA. (La indirecta no fué mala.)
RIC. Señora, ya es necesario
que acortemos las distancias.
ELENA. Pues pondremos un tramvía
desde su cuarto á esta sala.
RIC. Yo la amo á usté.
ELENA. Sí?

ESCENA VIII.

DICHOS y REMEDIOS.

REM. Señora.
RIC. (Volvemos á las andadas?)
REM. (Que traerá un estuche de pulsera.)
Esto ha traido un criado.
(Ya empieza la bala rasa.)
ELENA. Una pulsera! es preciosa.

MAN. (Así me costó tan cara!)
ELENA. Pues en casa de Ansorena
hay otra que me entusiasma.
RIC. (Á Manuel.) Tio, yo quiero esa otra,
cueste lo que cueste.
MAN. Basta.
REM. El lacayo que la trajo
se fué sin decir palabra.
ELENA. Era la librea azul.
REM. Sí señora, azul y blanca.
ELENA. Sí, pues ya sé de quién es,
del duque de Fuentes Claras.
Le encargué que me buscase
una casita en la Granja
y creo que la ha encontrado,
mas se empeñó en regalármela.
Es mucho lo que le aprecio.
MAN. (¿La compramos otra casa?)
RIC. (No, tio.)
ELENA. (Vete.)
REM. Volando.
(Pues señor, siga la danza.)

ESCENA IX.

DICHOS ménos REMEDIOS.

RIC. Señora, yo siempre estoy
por las situaciones francas
y aborrezco á las coquetas.
ELENA. Pues y yo? las tengo rabia.
RIC. Y toda mujer que piense
jugar conmigo, se engaña.
Yo quiero correspondencia.
ELENA. Pues tome usted la de España.
RIC. Señora, yo me retiro
si usté otra cosa no manda.
MAN. (¿Eh?)
ELENA. (No se irá.)
RIC. Usté se queda?
MAN. Pero qué es eso, te marchas?
RIC. Tengo que ver á un sujeto.

ELENA. (Dejando caer el abanico.)
Ay!
MAN. Qué es eso?
(Ricardo se baja á cogerlo.)
ELENA. (Así te caigas.)
RIC. El abanico. Ay qué mano! (Se la besa.
ELENA. No sea usté malo.
MAN. (Es que es mala.)
Voy contigo.
RIC. Ya me quedo.
MAN. Y si ese sujeto aguarda?
RIC. No importa.
MAN. (Salió sujeta!)
Me volveré á mis charadas.
(Vuelve á sentarse.)
RIC. Yo juro á usté amarla siempre.
ELENA. No me vence usté en constancia,
pero le aviso que soy
muy excéntrica y muy rara,
y para probar si es cierto
el amor que me decanta,
armo veinte mil tramoyas
y cuento veinte mil fábulas;
y engaño al hombre más listo
y le hago que viva en babia,
conque alerta, que es posible
que caiga usted en la trampa.
RIC. No es fácil, con el aviso
cuidaré de estar en guardia.
ELENA. Sin embargo...
RIC. Ya veremos.
ELENA. Si me empeño...
MAN. (Justo, baila!)
RIC. Crea usted, es mi cariño.
ELENA. Necesito pruebas.
RIC. Cuántas?
ELENA. Muchas.
RIC. Es usté exigente.
ELENA. Un año al ménos de práctica.
RIC. Es mucho.
ELENA. Si usté hace méritos,
quizá haya alguna rebaja.

MAN. (Hola, esto toma carácter.)
RIC. La amo á usted con toda el alma.
ELENA. (Levantándose.)
Don Manuel, con su permiso.
RIC. (¡Qué salida de pavana!)
ELENA. Recuerda usté dónde vive
el Baron...
MAN. (¿De la Castaña?)
En la calle de la Bola.
(Las que echas tú no son malas.)
RIC. (Qué voluble y qué coqueta!
Pues yo he de domesticarla.)
ELENA. Perdóneme usté, conozco
que tengo así... extravagancias...
se me ocurren unas cosas...
(Vuelve á sentarse.)
RIC. Tambien el sol tiene manchas.
ELENA. (Qué pícaro!) Francamente,
me inspira usté confianza,
y le encuentro muy simpático,
su conversacion me agrada.
(Cuándo saldrá esa Remedios.)
RIC. De veras? (Estoy en alza.)
Pues ya empieza usté á quererme.
ELENA. Yo?
RIC. Claro.

ESCENA X.

DICHOS y REMEDIOS.

REM. (Segunda bala.)
Señora.
ELENA. ¿Quién?
RIC. Otra vez?
Si parece que la llaman
con campanillas.
MAN. (Entra á tiempo.)
ELENA. Por Dios, usté no repara...
RIC. Justo, que estamos hablando,
y no es de buena crianza
andar entrando y saliendo.

ELENA. Dice bien.

REM. (¡Viva la gracia!)

ELENA. Ya, traiga usté.

REM. Es una cuenta.

MAN. (Pero qué par de *farsantas*.)

ELENA. De la modista! qué horror,
es un robo á mano armada,
¡doce mil reales! qué escándalo!

REM. Como es de París de Francia...

ELENA. (Dejando la cuenta sobre el velador con intencion.)
Oye... dile.

RIC. (Si pudiera.)

ELENA. (No mires.)

REM. (Ya echó la garra.)

RIC. (Cogiendo la cuenta y dándosela á D. Manuel.)
Tio.

MAN. Qué?

RIC. (Metiéndole la cuenta en el bolsillo.)
Pague usted eso.

MAN. Pero...

RIC. Que no advierta nada.

ELENA. Váyase usted y no vuelva.

REM. Ah! lo olvidaba, esta carta.

RIC. Y no parezca usté más.

REM. (Esta es la gran estocada.)
(Se va por el fondo.)

MAN. Es primo, tonto y babieca,
y acerté las tres charadas.

ESCENA XI.

DICHOS ménos REMEDIOS.

ELENA. Con el permiso de usté.

RIC. Puede usté leer, señora.
Ay tio, es encantadora,
y yo voy haciendo pie.

MAN. Pero desnucarte puedes.

ELENA (Fingiendo sorpresa.)
Qué es esto, será posible?

RIC. Qué ocurre?

MAN. Si es increible,
y anónimo, oigan ustedes:
«Ricardo engañó ya á otras,
»pasatiempo y nada más,
»fué mi novio y luégo atrás,
»quintillas contra nosotras.
»No crea usted lo que diga,
»es poeta y eso basta;
»huya de él y de su casta,
»es un consejo.—Una amiga.»
RIC. Ya sé de quién es, de Elena,
la de Torrox.
ELENA. Y él lo sabe,
pues esto es mucho más grave.
MAN. Hombre, pues la hiciste buena.
RIC. Lo que es su novio no fuí,
mi tio fué quien lo dijo.
ELENA. Yo explicaciones no exijo,
no se aturrulle usté así.
Si usté ya formó su plan,
cesarán riñas y enconos;
que están ustedes de monos?
pues luégo se arreglarán.
Esas son cosas de amantes;
los dulces de boda aguardo,
y quedamos, don Ricardo,
tan amigos como ántes.
Milagro será que usté,
de imaginacion tan viva,
no haya escrito esta misiva
para que yo lumbre dé.
Afectos á esta señora
que está viviendo en Torrox,
y cómprela usté un relo
para que sepa la hora.
Me retiro, caballero,
y que sea enhorabuena.
(Ande, ríete de Elena,
toma percal, quintillero.)

ESCENA XII.

RICARDO y D. MANUEL.

MAN. Pero, chico, es cosa tuya?
RIC. Yo, tio, qué atrocidad!
MAN. Era un recurso ingenioso.
RIC. Usté es el que ha escrito allá:
claro, me tiene usté miedo
y dice: «abajo el rival.»
MAN. Te la cedo, es muy coqueta,
ántes del mes lo verás.
RIC. Se da usté por derrotado?...
Aunque es lista y muy sagaz
no le ha hecho gracia la carta;
se empezaba á interesar.
Creia con la risita
disimular, pero quiá,
dentro se estaba quemando
sin poderlo remediar.
Y luégo basta que Elena
quiera torcerme mi plan,
para que yo forme empeño
en que haya lo que no hay.
MAN. Pues mira, sigue adelante,
yo no he de decirte «atrás!»
Tú derrochas y yo pago
con la herencia de papá.
Y la compraré aderezos
que cuesten un dineral,
y pagaré la modista,
que es un renglon regular.
La pondré coches, lacayos,
y en el verano tendrá
casa de campo en la Granja,
en Deva y San Sebastian.
Cuestan mucho estas mujeres,
pero tú puedes gastar,
y que luégo, si te arruinas,
como fué á tu gusto, en paz.

Adios, voy á dar mis órdenes,
no va á quedarte ni un real.
Vaya, abur... (Creo que soy
un cómico regular.) (Váse por el fondo.)

ESCENA XIII.

RICARDO.

Tio, eso es ya demasiado,
pues si tan fuerte le da,
voy á ser todo un solemne
pobre de solemnidad.
Si me gasto lo que tengo,
ántes del mes voy á estar
á la puerta de una iglesia
con suplicante ademan
diciendo: «una limosnita,
señores, por caridad,
para un pobre calavera
que no lo puede ganar.»

ESCENA XIV.

RICARDO y JULIANITO, foro.

JULIAN. Pero qué coñac tan rico!
cuatro copitas cayeron.
RIC. (Eh, quién es? Su acompañante.)
JULIAN. Y me he vuelto muy intrépido.
RIC. (Si este me diera noticias...)
JULIAN. (Dando un traspié.)
Y estoy firme.
RIC. Caballero...
JULIAN. Jé, jé, mi rival.
RIC. Quisiera...
JULIAN. Darme más coñac, no puedo.
RIC. Usté viene de almorzar?
JULIAN. De almorzar y otros excesos.
Está aquí.

RIC. Quién?

JULIAN. Toma, ella.

RIC. Quién es ella?

JULIAN. Es de mi pueblo,
de Torrox, un pueblo grande.
¿Usté no ha estado?

RIC. Ni quiero.
Pero usté, qué pueblo ha dicho?

JULIAN. Torrox, hombre, Torrox.

RIC. Bueno.

JULIAN. Un pueblo grande, muy grande.

RIC. No puede ser.

JULIAN. ¡Ay qué terco!
saliendo de Velez-Málaga
se va usté hácia el mar derecho.

RIC. Allí es donde vive Elena.

JULIAN. Pues, la misma.

RIC. Habla usté en serio?
Está en Madrid? Quién la ha visto.

JULIAN. Aquí todos. (Será lelo?)

RIC. (Vino detrás de la carta;
el tio andará en el juego,
y si Leonor es celosa
va á ser este un contratiempo.)

JULIAN. Y sepa usté que es mi novia,
y que le amaba en secreto;
pero voy á declararme
y usté no me mete miedo.

RIC. Y á qué viene esa señora?

JULIAN. Á darle á usted un capeo.

RIC. Si yo no la quiero.

JULIAN. No?
pues ya hay un estorbo ménos.
Permita usté que le abrace.

RIC. Á dormir.

JULIAN. No tengo sueño.

RIC. Voy á preguntar al tio.

ESCENA XV.

DICHOS y REMEDIOS.

REM. Salió muy alegre y temo...
RIC. Bien venida, oiga usté acá,
señora doña Remedios.
JULIAN. (Ya sabe que está aquí Elena,
se lo he dicho yo.)
REM. (El gran trueno.)
RIC. ¿Conque usté tambien la ha visto?
REM. Yo no! el tio fué el primero.
RIC. Pues mi tio urdió la trama,
voy á enterarme corriendo.

ESCENA XVI.

DICHOS y D. MANUEL.

MAN. Ea, ya empleé mil duros.
RIC. Ah tio, llega usté á tiempo.
REM. (Á Manuel.) Lo sabe todo.
MAN. (Eh?)
RIC. Y Elena?
MAN. Cómo? tú...
RIC. Dí en el enredo.
JULIAN. Yo se lo conté, qué risa!
REM. Hombre, no sea usté memo.
RIC. Veo que usté, tio mio,
es el director al cémbalo,
y que aquí todos están
para engañarme dispuestos.
Si esa señora ha venido
por si hay tal vez casamiento,
yo la diré cortesmente
cuatro frescas de buen género.
MAN. Hombre, no...
REM. Voy á avisarla.
JULIAN. Lo de frescas lo veremos.
RIC. Nada, que se me presente
y ya verá lo que es bueno.

ESCENA XVII.

DICHOS y ELENA.

ELENA. Qué voces!
REM. (Que iba á entrar.) (Lo sabe todo.)
ELENA. (Eh!)
RIC. Á buen tiempo llega usté.
JULIAN. Mira...
MAN. Quieto. Te diré!...
RIC. Ó hablo solo ó me incomodo.
ELENA. (Ay qué caras!)
RIC. Es el caso
que doña Elena está aquí.
ELENA. (Gran noticia para mí.)
RIC. Y se metió en un mal paso.
Mi tio es su protector
y le habrá dicho que venga,
y es muy posible que tenga
planes de hacerme el amor.
No sé si es fea ó si es guapa,
mas no me coge el chubasco,
y se lleva mucho chasco
si ha pensado que me atrapa.
Yo sólo amo á usté, señora,
á despecho de mi tio.
ELENA. Sí?
RIC. Sí.
REM. (Quién me compra un lio?)
MAN. (Por dónde ha salido ahora.)
JULIAN. Permite usté que proteste.
(Interponiéndose.)
RIC. Protestar usté, y de qué?
ELENA. Habla en serio?
REM. No lo sé.
MAN. (Ay, pero qué embrollo es este?)
ELENA. Tráigame usté las quintillas
que están sobre el tocador.
REM. Justo, plantarle es mejor
ese par de banderillas.
(Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA XVIII.

DICHOS ménos REMEDIOS.

JULIAN. Y los dos somos rivales,
y una explicacion exijo.
Recuerde usté lo que dijo.
RIC. Usté no está en sus cabales.
JULIAN. Eso es insultarme.
RIC. No.
ELENA. (Pero por qué se alborota?)
JULIAN. Pues la quiero y se acabó.
ELENA. (Á mí?)
MAN. (Ya escampa.)
RIC. Á la cama.
ELENA. (Será una broma, adelante.)
JULIAN. Sepa usté que soy su amante,
y que es un volcan mi llama,
y aunque nunca se lo he dicho...
ELENA. (Sigue.)
JULIAN. (Me dice que siga.)
Me quiere aunque no lo diga.
RIC. Á usté?
JULIAN. Tiene ese capricho.
RIC. Señora, no haga usté caso.
ELENA. En lo que dice algo hay.
MAN. (Anda, anda, qué guirigay.)
JULIAN. Ve usté que no me propaso.
Yo tengo muy buena estrella.
RIC. (Á Julianito.)
Segun eso, usté es su amante.
JULIAN. Y ademas su acompañante;
por eso vine con ella.
RIC. Sí, pues tiene muy mal gusto.
ELENA. (Quiere enmendar su torpeza.)
JULIAN. Pues salgamos de esta pieza,
que yo por nada me asusto.
MAN. (Esto toma mal cariz.)
ELENA. (Hace muy bien su papel.)
MAN. (Interponiéndose entre los dos.)

No te incomodes con él,
porque es un pobre infeliz.

JULIAN. Caballero, sitio y hora.

ELENA. (Ya basta de broma, vete.)

JULIAN. Á rewolver, á florete.

MAN. Calma.

JULIAN. Ó ametralladora.

ESCENA XIX.

DICHOS y REMEDIOS.

RIC. (Riendo.) De veras!

REM. No están allí.

ELENA. Julianito se ha enmendado;
dice que está enamorado
perdidamente de mí.

REM. Y no es broma, es la verdad.

ELENA. ¿Qué dice usté?

RIC. Yo no aguanto...

MAN. No hay motivo para tanto.

JULIAN. Y á muerte.

REM. Era cortedad.

ELENA. Ay palabra, poco á poco,
yo no estoy enamorada.
(Julianito es siempre rechazado por todos.)

RIC. Cómo!

ELENA. Entre los dos no hay nada.

MAN. (Lo que es hoy me vuelven loco.)

RIC. (Conviene fingir desden.)
Pues Leonor, con su permiso
me subo al segundo piso,
que ustedes lo pasen bien.

JULIAN. Toma, y le llama...

REM. (Dándole un pisoton.) Ay!

RIC. Qué es eso?

REM. Que se torció un pié este amigo.

MAN. Está claro.

JULIAN. (Pues yo digo
que está oscuro y huele á queso.)

RIC. Ya sé que ha venido Elena;

la conocí desde niño,
me tiene mucho cariño,
y es tan amable y tan buena.

ELENA. (No puedo darle las gracias.)

JULIAN. Ya lo creo.)

REM. Que repito.

ELENA. Sí, pues lo siento infinito.

MAN. (No te vengan más desgracias!)

RIC. Voy á buscarla.

ELENA. Expresiones.

RIC. Á los piés de usté. Tiito,
viene usté?

MAN. Sí. Y Julianito?

JULIAN. Yo quiero satisfacciones.

RIC. Ustedes los andaluces
las piden y se las dan.

JULIAN. Diga usté sitio.

RIC. En Tetuan,
y la hora entre dos luces.
(Salen por el fondo riéndose.)

ESCENA XX.

DICHOS, ménos D. MANUEL y RICARDO.

REM. Pero usté, por qué se altera?

JULIAN. Habrá desafio y lucha,
á primera sangre.

ELENA. Escucha.

JULIAN. Y á segunda y á tercera.
(Se va por el fondo.)

ESCENA XXI.

ELENA y DOÑA REMEDIOS.

ELENA. Él caerá entre mis manos.

REM. Pues cásese usté y salud.
Si *abolen* la esclavitud
que *abuelen* á esos tiranos.

ELENA. No lo pedirá usté sola;
y á cumplir nuestro destino,
no más yugo masculino.

REM. No más yugo... que se *abola.*
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y DOÑA REMEDIOS, entrando por el fondo.

REM. Ha salido, no hay cuidado;
puede usté pasar, señora.
Llegan ustedes ahora?

ELENA. (En traje de viaje.)
Sí, el tren viene retrasado.
Es soberbio el Escorial;
el sitio es algo triston.

REM. Fué corta la expedicion.

ELENA. Una semana cabal.

REM. Y don Manuel?

ELENA. Se quedó
abajo con Julianito.

REM. El pobre ha estado malito,
el coñac le trastornó.

ELENA. Y el otro?

REM. Más trastornado;
el tragin que trae es flojo:
si le ha hecho usted mal de ojo,
vamos, que está enamorado.

ELENA. Le entró fuerte?

REM. Ya lo creo,
no son aprensiones mias,
pero en estos ocho dias
se ha quedado hecho un fideo.

ELENA. Él no sabe dónde he ido,
ni nos vió salir en coche?

REM. Quiá, no supo hasta la noche
que usté se habia escurrido.
Me preguntó: «dónde está?»
«No lo sé,» le contesté,
y desde entónces noté
que se trastornaba ya.
No habló nada al otro dia,
al segundo no almorzó,
al tercero se enfadó
porque halló la sopa fria,
al cuarto riñó al portero
y le llamó bestia y bolo;
al quinto ya hablaba solo,
que es el síntoma primero.
Al sexto se fué de caza
y le pegó al perro un tiro,
al sétimo de un suspiro
rompió en un café una taza.
Y lo que es siguiendo así
y si hoy no llegan ustedes,
se da contra las paredes
y hay un desavío aquí.

ELENA. Usté exagera.

REM. No tal.

ELENA. Y por supuesto callada.

REM. Él me preguntaba y nada;
soy otra; un cambio total.

ELENA. Conque al fin le mareé?

REM. Es claro; y saca usté astilla,
y si no la pesadilla
de anteanoche.

ELENA. Cuente usté.

REM. Ahora se acuesta temprano
desde que se ha convertido,
porque está más aburrido
que un mantero en el verano.

Entré aquí á hacer la requisa,
y á gritos hablar le oí,
«sueña,» dije para mí,
«pues será cosa de risa,»
me acerqué y decia: «horror!
»Julianito se la lleva!
»Leonor, póngame usté á prueba!...
»que me la roban... favor!
»Mi tio me va á prender,
»y Elena le grita: «á ese:
»pues señor, pese á quien pese
»será mia esa mujer.»
Y en esto debió de dar
tal manotazo dormido,
que pataplum... se oyó un ruido
y como un trasto rodar.
Yo tres golpecitos dí,
y exclamé: «sea usté bueno,
»que va á subir el sereno
»si sigue gritando así.»
Y le sentí despertarse,
y me contestó: «no es nada;
»pues me marcho sosegada
»le respondí, y aliviarse;»
y me salí de esta pieza
murmurando: «desgraciado,
»ya está en el último grado,
»le ha cogido la cabeza.»

ELENA. Ya le he dicho á don Manuel
que hoy dará fin la funcion.

REM. Ya le da á usté compasion
y tiene lástima de él?

ELENA. Claro, soy la vencedora
y tanta saña no es justa,
¿y á qué mujer no la gusta
ver que un hombre la enamora?
Por más que le haga creer
que soy mala y que soy buena,
al cabo Leonor y Elena
son una misma mujer.
Y en esta union fraternal
no hay por qué ofenderse pueda

de la mujer de la seda
la señora del percal.
Soy Elena de por vida,
y Leonor por temporada,
de por vida soy honrada,
por temporada aturdida.
Si dió á Elena un no redondo,
por Leonor muriendo está;
Leonor le arruinó y se va,
y Elena queda en el fondo.
Leonor dice: «inocenton,»
y Elena: «ya me vengué,»
el pobre dice: «pequé,»
y viene abajo el telon.

REM. Y como ha sentido el palo
es ya ménos calavera.

ELENA. Es que el amor regenera
y hace al hombre ménos malo.

REM. Á unos sí, pero á otros no,
don Julian cambió el papel;
las misas que diga él
ya las tengo dichas yo.

ELENA. Quien, mi amante reprimido,
ese tímido Amadis,
que debió estar en un tris
cuando dijo: «me decido?»

REM. Qué más? al anochecer
se va en busca de conquistas,
y persigue á las modistas
cuando salen del taller.

ELENA. Hola, pues tendrá mal fin.

REM. Le digo «no ande usté solo
porque es usté muy *pipiolo.*»

ESCENA II.

DICHAS y JULIANITO.

JULIAN. (Por el fondo.) Aquí está.

ELENA. En nombrando al ruin...

JULIAN. Elena, te has divertido?

ELENA. Sí, y tú?

JULIAN. Yo regular,
hallé á un primo militar.
REM. Que es el que le ha pervertido.
ELENA. Aquí hay muchachas muy listas
que atan al hombre más suelto;
vaya, conque ahora te has vuelto
perseguidor de modistas?
JULIAN. No.
ELENA. De decírmelo acaba.
JULIAN. Algo me solté, eso sí.
ELENA. En un principio creí
que Remedios te gustaba.
REM. No lo diga usté ni en broma.
JULIAN. Lo que es gustarme me gusta.
REM. Pero yo soy muy adusta.
JULIAN. Lo mismo que una paloma.
Ah! la espera usté un señor
que se empeñó en aguardar;
debe venir de Ultramar
por el traje y el color.
ELENA. Si será el ultramarino?
REM. Del susto temblando estoy.
JULIAN. «La esposa de don Eloy»
preguntó al entrar muy fino,
yo pasaba por la puerta
y «aquí vive» contesté:
«yo mismo la avisaré,»
y fué al comedor.
ELENA. Alerta!...
REM. Bien; pero no ha dicho más?
JULIAN. No.
REM. Y usté no ha conocido
si era tal vez mi marido?
JULIAN. Yo no le he visto jamás.
REM. Dispense usté... la emocion...
y yo que soy tan nerviosa.
ELENA. No es para ménos la cosa,
quien vuelve de sopeton...
REM. Puede ser él ó un amigo.
ELENA. Vaya usté á salir del susto
REM. Será un gusto ó un disgusto.
(¿Á qué vendrá ese enemigo?)

5

(Se va por el fondo.)

ESCENA III.

ELENA y JULIANITO.

JULIAN. No me disgusta Remedios,
es mujer de mucho aplomo.
ELENA. Tú ya colgaste los hábitos;
ay Julianito, eres otro.
JULIAN. Es claro, tú no me quieres,
y es ya cuestion de amor propio,
y en otra busco el cariño
que me niegas.
ELENA. En redondo:
vaya, pues que te diviertas
y triunfes y gastes poco,
seductor de pacotilla,
monago vuelto Tenorio.
JULIAN. Pienso quedarme en Madrid.
Voy á entrar en un periódico.
ELENA. Á qué, á pegar fajas?
JULIAN. No,
para artículos de fondo.
Tambien aprenderé esgrima
con un tirador famoso.
ELENA. Vas á escribir á sablazos?
Mas comprendo tu propósito;
se los das á la gramática
y haces lo que tantos otros.

ESCENA IV.

DICHOS y D. MANUEL.

MAN. (Fondo.) Detrás viene.
ELENA. Quién, Ricardo?
MAN. Quiero que me encuentre solo.
Tú puedes salir más tarde.
Voy á darle el susto gordo.
Remedios se ha puesto mala
y hasta le ha dado un soponcio,

la criada me lo ha dicho.
ELENA. Eso es que ha vuelto su esposo,
voy corriendo á consolarla.
JULIAN. Y yo á hacer que vuelva pronto.
(Salen por el fondo izquierda.)

ESCENA V.

MANUEL.

Me alegraré que se alivie;
eso debe ser nervioso;
de fijo no hay que avisar
á la casa de socorro.

ESCENA VI.

MANUEL y RICARDO, foro derecha.

RIC. (No me engañaron; ha vuelto.)
Tio mio.
MAN. Hola, aquí estás?
RIC. Francamente, usté perdone,
pero...
MAN. Estás de mal humor?
RIC. Lo que usted hace conmigo
no tiene perdon de Dios.
Yo no entiendo lo que pasa;
dudo si esto es un complot,
si usted ó yo estamos locos
ó si lo estamos los dos.
MAN. Tú; respondo por mi parte
de mi cordura hoy por hoy.
RIC. Volvió usté con la señora?
MAN. La acompañé por favor.
RIC. Pero tio, hablemos claros:
la quiere usté, si ó no?
MAN. No.
RIC. Pues juega usté conmigo
como si fuera un peon;
y es muy parecido el juego
al de la caña.

MAN. No doy.
RIC. Usté en Carnaval no ha visto
en el Prado á un zagalon
con una careta negra
y un raido dominó,
con su caña y un higuito
de indefinible color,
que á la punta de un bramante
sube y baja á discrecion?
Y llamando á los chiquillos
dice con chillona voz:
«aquí al higuí con la boca,
pero con las manos no?»
Pues bien, tio, moralmente,
uno de los chicos soy,
que amor pido á la que adoro,
que es ir de la dicha en pos.
De una mujer me he prendado;
por tenacidad ó amor
quiero que me corresponda
y ganar su corazon.
Pero usted es el gracioso,
que aunque está sin dominó
es mi rival unas veces
y otras es mi protector.
Y ya la lleva del brazo,
y digo «pues sobro yo,»
ó me dice «te la cedo,»
y me da él gran alegron.
Para el Carnaval que viene
la bromita es de rigor;
sale usté con su cañita
y yo siguiéndole voy.
Se para; forma su corro,
y usté al verme en la funcion,
dice: «al higuí con la boca,
pero con las manos no.»
MAN. Perfectamente, Ricardo,
bravo, que salga el autor,
que si quiere higos de Fraga
le regalen un cajon.
Y así me pagas, sobrino?

no ví ingratitud mayor;
me increpas cuando tú sólo
eres el que manda hoy?

RIC. De veras? me corresponde,
se lo ha dicho á usté?

MAN. ¡Ingraton!
cara salió la victoria,
pero quedas con honor.
Ya tienes casa en la Granja,
he andado listo, si no
el Vizconde se la compra,
y eso era una humillacion.
He pagado á la modista,
y la cuenta era un horror,
y unas joyas de Ansorena;
todo en tu nombre lo doy.
He empeñado tus haciendas
y tu casa en Badajoz,
y á retro, puedes quedarte
sin nada, que es lo peor,
pero en fin, tuyo es el triunfo
y yo me vuelvo á Torrox,
y es posible que me case;
que te diviertas, y adios.

RIC. Conque usté ha empeñado...

MAN. Justo.

RIC. Tio mio, es usté atroz;
tira usté un duro lo mismo
que el que tira un cañamon.
Si esto es ántes de que sepa
si corresponde á mi amor,
despues para contentarla
empeñaré el paletó!

MAN. Ella lo admite.

RIC. No importa.

MAN. Y el responsable no soy.

RIC Mujer tan metalizada
no merecia mi amor.

MAN. Ya empiezas á arrepentirte?

RIC. Yo...

MAN. Eso es más claro que el sol.
En amores de esta clase,

cuando entra la reflexion,
la ilusion desaparece
y el cariño se acabó.

RIC. Bien mirado es un capricho.

MAN. Vaya, y da gracias á Dios
de que ya no estés casado;
se dan casos...

RIC. Eso no.
Es mujer muy veleidosa
y no tiene corazon,
y pedirá más empréstitos
que un ministerio español.

MAN. Pues, lo contrario de Elena,
una viudita aun en flor,
tan modesta y económica
y más dulce que un terron.

RIC. No me recuerde usté...

MAN. Has hecho
una tontuna feroz.

RIC. Nunca para el bien fué tarde.

MAN. Malo es dar un tropezon.

RIC. Hoy voy á hablarla muy alto.

MAN. Levanta mucho la voz.

RIC. Y á decirla «ó soy yo solo
ó yo de baja me doy,»
ó herrar ó quitar el banco.

MAN. Mira, emplea otra expresion,
porque si lo toma en serio
te haces muy poco favor,
que si ella el banco no quita
y solos quedais los dos,
si ella ha de herrar, al herrado
creo que le trato yo.

RIC. Pues bien, usaré otra frase,
ea, decidido estoy;
me ha de oir.

ESCENA VII.

DICHOS y ELENA, fondo.

ELENA. (Ya vino mi hombre.)

MAN. Pues ahí la tienes, chiton.
ELENA. Ah, buenos dias, Ricardo.
RIC. Señora... (Saludando con frialdad.)
ELENA. Pues ya volvió.
Fué un vahido! ¡pobrecilla!
lo supo de sopeton.
Remedios, que está de pésame
porque murió don Eloy.
RIC. El que se marchó á la Habana?
ELENA. Dos años há que murió
segun le ha dicho el amigo
que trajo la comision.
Se casó con una negra.
MAN. Vamos, cambió de color.
Que no se vista de negro
porque seria feroz,
y era adular á la otra,
hermana carnal del cock.
ELENA. Don Manuel, vaya usté á verla,
por usté me preguntó.
MAN. (Ah, sí, ya comprendo, estorbo)
á darla el pésame voy.
(Se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

ELENA y RICARDO.

ELENA. Usté quizá habrá extrañado
mi ausencia.
RIC. Yo no sabia...
ELENA. Usté no estaba aquel dia
y el tio me ha acompañado.
Es grandioso el Escorial,
¡gloria á Felipe segundo!
Está usté meditabundo;
no se ponga usté formal.
RIC. Señora, ya es necesario
que hablemos claro.
ELENA. (Se enfada.)
No tengo la voz tomada
y es mi timbre el ordinario.

RIC. Señora, cuando yo quiero,
quiero ser correspondido
y el solo y el preferido.

ELENA. Pues, el número primero.

RIC. Y si amo con frenesí,
amor frenético exijo,
no un amor tibio.

ELENA. Pues hijo,
lo mismo me pasa á mí.

RIC. (Probemos.) Júreme usté
vencer su inquieto genial;
volvamos al Escorial.

ELENA. Hoy?

RIC. Sí.

ELENA. No puedo.

RIC. Por qué?

ELENA. Compromisos anteriores...
hoy mismo de viaje vengo,
y usté ya sabe que tengo
amigos.

RIC. Y admiradores.
Vamos, será el *rendez-vous*
del vizconde de Matanzas,
ó algun otro majagranzas
de esos que le hacen el bú.
Yo he de ser dueño absoluto.

ELENA. Justo, un Neron con levita;
pues á mí nadie me quita
la libertad que disfruto.

RIC. Pero lo que pido es lógico.

ELENA. Usté pide una antigualla
fidelidad? no se halla
ni en el museo arqueológico.
¡Qué aire tan patibulario!

RIC. No tiene usté corazon.

ELENA. Ricardo, por precision
es usté un reaccionario,
y hoy mismo suprimiria
los derechos naturales,
innatos, individuales,
y la demas letanía.
Ay, me mira usté de un modo.

RIC. Y así paga usté mi amor?
ELENA. Es usté un derrochador,
y muchas gracias por todo.
RIC. Seguir así es imposible.
ELENA. (Ahora verás.)
RIC. Volveré.
ELENA. Bien dijo Elena, que usté
es un génio algo irascible.
RIC. Cómo Elena?
ELENA. Su ex-futura,
la del: «es poeta y basta,
huye de él y de su casta,»
«una amiga,» y qué figura!
RIC. Usted tuvo la osadía?...
ELENA. Con don Manuel fuí á verla,
en Torrox será una perla,
pero aquí es una ave fria.
Y luégo viste muy mal;
su modestia no comprendo,
estaba á las dos cosiendo
con su bata de percal;
pero una bata mal hecha;
no digo nada el peinado,
tan sencillo y anticuado,
sin castaña, ni una flecha.
Vamos, que usté lo entendió;
y merece por las trazas
las soberbias calabazas
que en versículos le dió.
RIC. No la he podido agraviar,
no la conozco, señora.
ELENA. Es bien poco seductora
y cursi... pero á rabiar.
RIC. Aunque usté no le conceda
aire elegante ni apuesto,
quizá aquel percal modesto
guarde un corazon de seda,
y mire por su buen nombre,
y no juegue como alguna
con el amor, la fortuna
y hasta la vida de un hombre.
ELENA. Es alusion?

RIC. No lo sé;
más ya que usté se atrevió
á ir á verla, quiero yo
que aquí la respete usté!

ELENA. (Me defiende, esto es divino,
voy á cargarme la mano.)
Aunque su aire es provinciano
por eso no la acrimino.
Comprenderia ese enojo
si dijera á usté: «es muy fea,
»y antipática, y cecea,
»y no mira bien de un ojo;»
y ese es un defecto serio;
por su facha y su dulzura,
lo que es para ama de un cura
debe valer un imperio.

RIC. Señora, me voy de aquí.

ELENA. Por mí tiene usté licencia.

RIC. No quiero que en mi presencia
se hable de una dama así.
Se dará por ofendida
si oye á usté!.

ELENA. No.

RIC. Sí.

ELENA. Ó no.
(Digo, si lo sabré yo
que soy la favorecida.)

RIC. Á los piés de usté!

ELENA. Ya veo
que mudó de parecer,
y para usté esa mujer
merece pronto himeneo.

RIC. Quién sabe: los desengaños...
Dónde vive? tal vez crea
que yo he dicho á usté...

ELENA. Que es fea
y ya un poco entrada en años?
De contrito haciendo alarde
la dirá usté muy ufano
«señora, venga esa mano.»

RIC. Quizá!

ELENA. Pues será ya tarde.

Ese tipo, Julianito,
que en Alcázar me encontró
y en seguirme se empeñó,
como un perro falderito,
segun dice don Manuel
es al que eligió por dueño.

RIC. Es despique; si me empeño
no se casará con él.
Dónde vive?

ELENA. No está sola;
hay persona que la cela.

RIC. ¿Con quién vive?

ELENA. Con su abuela,
en la calle de la Bola.

RIC. Voy á verla.

ELENA. Abur, amigo.
Ahora me da la ocurrencia
de irme esta noche á Valencia.
Vendrá el vizconde conmigo.
No crea usté que es despecho,
ni que ese amor me disguste,
¡ah! recoja cuando guste
los obsequios que me ha hecho.
Y que terminen sus cuitas
y la lleve usté al altar,
y se quede en el lugar
á cuidar las gallinitas.
Y á tener casa de balde
que cien mil años disfrute,
y á jugar de noche al tute
con el cura y el alcalde.
Perderá usté, lo supongo,
todo el aire cortesano,
y va usté á estar muy gitano
con su zamarra y su hongo.
Es fácil que golpe dé,
digo, y en Andalucia!
por buen mozo el mejor día
van á secuestrarle á usté.
Que logre usté sus deseos,
y mil cosas. (Pues señor,
aquí pereció Leonor

con todos sus trapicheos.)
(Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA IX.

RICARDO.

¡Qué lástima de mujer!
por lo resuelta seduce,
mas el corazon sin duda
lo suprimió por inútil.
Y yo quedé derrotado!
y lo que he gastado aturde,
si mi tio compra casas
como quien compra altramuces.
Á que me voy á Valencia?
no, es preciso que renuncie
al amor de una coqueta
tan insípida y voluble.
Pero y Elena, es posible
que de descortés me culpe?
Voy á darla mis excusas,
que al fin no serán inútiles,
porque ese niño bitongo
tiene muy poco cacúmen
para birlarme una novia
como yo se la dispute.

ESCENA X.

RICARDO y JULIANITO.

JULIAN. (Fondo.) Lo que llora... pobrecita!...
pues yo no siento que enviude.
RIC. (Aquí está el novio en conserva;
es imposible que triunfe.)
¿Conque usté piensa casarse?
JULIAN. Puede.
RIC. Ó no.
JULIAN. Como usté guste.
RIC. Yo estoy ántes.
JULIAN. Usté?

RIC. Vaya!
JULIAN. (Remedios es un estuche!)
Conque ustedes dos se entienden?
RIC. Ya para casarme estuve;
esto á usté nada le importa,
y lo que ha de hacer es mútis.
Ahora mismo voy á verla;
vaya, y que usté no se angustie;
en un instante me arreglo.
(Por esta vez no te untes.)
(Entra en su cuarto.)

ESCENA XI.

JULIANITO.

¡Si irá á ver á la patrona
de etiqueta y con sus cruces?
Pues cuando Elena lo sepa...
de fijo ni áun lo presume.

ESCENA XII.

JULIANITO y REMEDIOS, del brazo de D. MANUEL.

MAN. Cálmese usté!
REM. Pobrecico!...
y no ha habido quien le cure...
Se ha muerto sin que le vea,
y eso es lo que me consume.
JULIAN. Siéntese usté aquí.
MAN. Son trances
por desgracia muy comunes.
REM. Y él tenia una salud
de un toro...
MAN. Es la oracion fúnebre.
JULIAN. Oiga usté.
REM. No me consuelo;
eran muchas sus virtudes,
le lloraré mientras viva.
MAN. (Hoy es sábado, hasta el lunes.)
REM. Ay, hijo de mis entrañas!

¡Ay Jesús, qué pesadumbre!
pero qué grande, qué grande!
no voy á llegar á octubre!... (Transicion.)
Pero hago mal en llorar,
y á cualquiera se le ocurre;
no tenia allí una negra?
pues que llore y pierda el lustre.

MAN. Pero esta señora es loca.
JULIAN. Cántele usté el de profundis.
REM. Ea, ya estoy consolada.
MAN. Dé usté un baile.
JULIAN. Sí, con dulces.
MAN. Pero ya va anocheciendo;
diga usté que traigan luces.

ESCENA XIII.

DICHOS y ELENA, con traje de percal.

ELENA. Calle, qué complot es este?
¿qué hacen ustedes ahí?
MAN. Es una viuda que llora
la muerte...
REM. De un galopin.
ELENA. Pues cada cual á su puesto.
JULIAN. Y me va á hacer caso á mí.
ELENA. Es ya la última escena...
que Ricardo va á salir.
JULIAN. Yo me escondo con Remedios...
(Me he vuelto un calaverin...)
ELENA. Tú y mi tio cuando llame...
(Les habla bajo.)
REM. No dejó un maravedí! ..
ELENA. Váyanse ustedes.
MAN. Te aviso
que es demasiado tragin.
ELENA. Es el final.
MAN. Bien, me marcho.
JULIAN. Nos veremos luégo?
REM. Sí.
ELENA. Vete.
JULIAN. Hasta luégo. (Esta noche

la convido á la Infantil.)
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XIV.

ELENA y REMEDIOS, media luz.

ELENA. Avise usted ahora mismo,
que doña Elena está aquí,
luégo se va usté á mi cuarto,
y sale... (Hablando al oido.)
REM. Ya dí en el quid.
Apenas se ve.
ELENA. No importa,
ya lo he combinado así.
REM. Pues voy.
ELENA (El pobre me quiere,
y dará mi farsa fin.)
REM. Señorito, doña Elena
ahora acaba de venir.
ELENA. Que he entrado.
REM. Y entró en la sala.
ELENA. Váyase usté.
REM. Ya me fuí.
(Pues señor, el Julianito
me pudiera convenir.)
(Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA XV.

ELENA y RICARDO.

Elena se sienta y se echa el velo.

RIC. Que avisen á don Manuel...
qué oscuridad... una luz...
¿Á qué vendrá? si aún no ha entrado...
(Elena tose.)
Ha tosido... pataplum;
á los piés de usté, señora,
dispense usté mi inquietud,
una luz... ay, qué criados!...
es de sentido comun;

dónde tendré yo los fósforos.
(Tropieza contra una silla.)

ELENA. (Se mató, y amen Jesús!)

RIC. Digo, y si sale la otra
la pone de oro y azul.
(Dirigiéndose hácia el cuarto de la izquierda.)
Huy, Leonor!...
(Se entreabre á la puerta en el momento en que llega al umbral.)
¡Abre la puerta;
horror, no salga usté aún!
En esta casa no hay nadie...
perdona...

ELENA. (Me habla de tú.)

RIC. (No habla; claro, está enfadada.)
Me extravió la juventud...
lo que es aquellas quintillas
las escribí á *vultuntum*.
Elena, si esa señora,
más larga que un cañon Krupp,
fué á verla á usté, yo no tengo
culpa ninguna... una luz.
Me gustó al principio un poco,
pero ya la he dicho: «abur,»
porque es muy trapisondista,
(Esto va al paño...) una luz.
Y extraño que Julianito,
que es un tontin y un mambrú,
le guste á usté, cuando hay otros
que valen más... una luz.
Señora, usté no contesta,
y esto es jugar al cucú!...
tio... Remedios... el diablo,
que traigan luz, luz y luz.
(Dirigiéndose hácia el fondo.)

ESCENA XVI Y ÚLTIMA.

DICHOS, REMEDIOS, y á poco JULIANITO y MANUEL.

REM. Ya salgo.

ELENA. (Lleva buen susto.)

RIC. (Al oir abrir la puerta.)
Sale la otra; señora,
van á traer luz ahora...
(Nos va á dar el gran disgusto.)
ELENA. (En alta voz.)
Aquí.
RIC. Eh!
JULIAN. (Con una luz.) Llegué el primero.
RIC. Julianito.
MAN. (Con otra luz.) Y yo despues...
RIC. Mi tio!...
REM. Y yo...
RIC. Y ésta es!...
(Elena alzándose el velo.)
ELENA. De rodillas, caballero.
Soy Elena y soy Leonor,
seda y percal todo junto,
conque arrodíllese al punto
y diga: «el yo pecador.»
Confieso que no negué
que soy tataranieto
de aquel pícaro sujeto,
que un Adan para Eva fué.
El hombre, que es su enemigo,
en ellas su diente clava,
y si es buena, es una pava,
y si es mala... eche usté trigo.
Me arrepiento en este instante
de repetir en quintillas
todos los chismes y hablillas
que oigo en Fornos y en Levante,
y luégo de desdecirme
y dar á mi novia un no,
que no me merezco yo,
y aquí péguese usté firme.
El que aplaude lo que odia
da pruebas de tarambana,
yo lo fuí, pero mañana
cantaré la palinodia.
He derrochado sin tino
como otros mil calaveras;
si Leonor sale de veras,

acabo en San Bernardino.
Quiero ser hombre de bien
para que me absuelva Elena,
y me diga: «esta es tu pena,
pecatis tuis, amen.

RIC. (Levantándose.)
Cuándo me perdonas, cuándo?

ELENA. Veremos, la farsa acaba.
(D. Manuel habrá dejado la luz.)

MAN. Yo pagaba.

REM. Y yo anunciaba.

JULIAN. Y yo lo estaba mirando.

RIC. Me arrepiento.

MAN. Estaba escrito.

ELENA. A esa luz, queme usted esto.

RIC. Las quintillas!

MAN. Por supuesto.

REM. Y apague usté, Julianito.

JULIAN. Esto más.

REM. Sirva usté á Dios.

JULIAN. Con usté servirle quiero.

REM. Eso jamás, caballero.

JULIAN. (Apagando la luz.) Pues apaga y vámonos.

RIC. (Al público.) Señores, que la leccion
á todos haga aprender,
hay que ser de la mujer
amparo y no perdicion.
Malas por vosotros son,
y buscando amor con calma
lleve de esposa la palma
la que en virtud aventaje,
que sobra el lujo del traje
si falta el lujo del alma. (Cae el telon.)

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un chaparron de letrillas. Coleccion de poesías.
Está loca............... Juguete cómico, original en un acto y en verso.
Ladron y verdugo........ Comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
La doctora en travesuras. Comedia original en un acto y en verso.
La Frutera de Murillo.... Comedia original en un acto y en verso.
El Mundo Nuevo [1]........ Inocentada cómico-lírica original en un acto y en prosa.
El Juicio Final [2]. (2.ª edicion.) Zarzuela original en un acto y en prosa.
La caza del gallo....... Comedia original en tres actos y en verso.
La torre de Babel....... Comedia original en tres actos y en verso.
Para dos perdices, dos (2.ª edicion.)................. Proverbio original en un acto y en verso.
El sueño del Pescador.... Zarzuela en tres actos y en verso.
El Gorro Negro.......... Zarzuela en un acto y en verso.
El Jardinero............ Zarzuela en un acto y en verso.
Las hijas de Elena. (2.ª edicion.).................. Proverbio original en un acto y en verso.
La mujer de tres maridos. Juguete cómico original en un acto y en verso.
República ó monarquía.... Problema original en un acto y en verso.
La libertad de enseñanza. Comedia original en un acto y en verso.
La reina de los aires.... Farsa bufa original en un acto y en prosa.
La mujer libre........... Comedia original en un acto y en verso.
Un editor responsable...... Comedia en un acto y en verso.
Robinson. [3] (3.ª edicion.)... Zarzuela original en tres actos.
El potosí submarino. [4] (2.ª edicion.)............... Zarzuela cómico-fantástica en tres actos, original y en verso.
¡¡Palomo!! [5]............. Humorada lírico-bufa en un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando Martinez Pedrosa, música de don Luis Cepeda.

2 Música de D. Miguel Albelda.

3 Música del maestro Barbieri.

4 Música del maestro Arrieta.

5 Música del maestro Monfort

El novio de su mujer...... Comedia original en tres a en verso

La liquidacion social [1].... Zarzuela original en dos actos y en verso.

El tributo de las cien doncellas [2]............... Opereta en tres actos original y en verso.

El percal y la seda...... Juguete cómico original en tres actos y en verso.

---

1 Música del maestro Monfort.

2 Música del maestro Barbieri.

Adicion al Catálogo de **EL TEATRO,** de 1.° de Octubre de 1872.

TULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
l que más calienta	1	Todo.
e se hace de miel	1	Id.
mochuelo á su olivo	1	Id.
la espuma	1	Id.
a y gorro frigio	1	Id.
el tendido	1	Id.
utizo	1	Id.
mbre fatal	1	Id.
tado de sitio	1	Id.
rmina	1	Id.
milia de D. Lúcas	1	Id.
hera	1	Id.
jor venganza	1	Id.
cos de Leganés	1	Id.
vale pájaro en mano	1	Id.
ito un hombre	1	Id.
s y ricos	1	Id.
lta de abrigo	1	Id.
suelto	1	Id.
por hambre	1	Id.
mbre honrado	1	Id.
mbre que ha quemado mujer	1	Id.
creto entre mujeres	1	Id.
rno á pedir de boca	1	Id.
o de la esperanza	2	Id.
s y locos	3	Id.
le de la condesa	3	Id.
tillo de Simancas	3	Mitad.
lavo	3	Todo.
nicomio modelo	3	Id.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
El percal y la seda	3	Todo.
El Tasso	3	Id.
El wals de Venzano	3	Id.
Honrar padre y madre	3	Id.
Receta matrimonial	3	Id.
Aurora	4	Id.
El hijo de las selvas	4	Id.
El haz de leña	5	Id.
¿Come el Duque?	1	L. y M.
La cabra tira al monte	1	L. y M.
La huerfana	1	L. y M.
La niñera	1	M.
Lazos de la niñez	1	M.
Las aleluyas vivientes	1	L. y M.
Pum! Pum!	1	L. y M.
Simon	1	M.
Sistema americano	1	L.
Una actriz y un empresario	1	L. (Mit.)
El cólera morbo	2	L. y M.
El entremetido	2	Mit. M.
La firma en blanco	2	L. y M.
Satanás II	2	L.
El rigor de las desdichas	3	M.
El tributo de las cien doncellas	3	L.
Kaolin	3	L.
La cruz y la media luna	3	L.
Las cien doncellas	3	L. y M.
Sueños de oro	3	L.

dejado de pertenecer á esta galería el *Libro* de la zarzuela en 3 actos, la ***El atrevido en la córte.***

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.